

Grupo izquierdista que abarca, tanto a los militantes del partido comunista, como al radicalismo de los ultras, la novela, más que demorarse en lo que fue —«ni un solo movimiento para destapar las tumbas, ah eso no»— busca precisar las disyuntivas a las cuales se ven abocados, entre un país de origen cada día más remoto, en sus cambios, y una realidad, allí delante, que los reclama de continuo con sus demandas, obligándolos a elaborar respuestas propias. El exilio, en consecuencia, como forma de reafirmar la identidad, tanto propia como colectiva, o de perderla definitivamente.

Jóvenes empresarios, por ejemplo, que se adaptan con gran facilidad a las nuevas condiciones, enriqueciéndose con elasticidad capitalista; o desuetos líderes, de discurso altisonante, que remozan sus máscaras para trocarse en patéticos figurones de la izquierda en el exilio. Mezcla de sentimentalismo barato y nostalgia exacerbada; de culpas aún no asumidas y reacciones incoherentes, por su trasfondo aún no expuesto a la luz; de dependencias enfermizas y espejismos que desdoblan, esta novela, a través los cuatro capítulos que la integran, más una coda denominada «Las partidas», va desplegando esas cadenas de muertes y resurrecciones, tanto físicas como psíquicas, que se entrelazan unas con otras para concluir, al final, en un post-scríptum tan desolador como cierto: «El poder pasó de un militar o de un grupo de militares a otro con tanta frecuencia, que el país, finalmente, dejó de ser noticia. No interesaba a nadie.» Pero en realidad la mayor virtud de la novela es su capacidad para entrelazar dos planos de composición. El primero, le da el carácter de parábola, reducida a lo esencial. El segundo, refuerza este sentido, un tanto kafkiano, gracias a su capacidad para diagnosticar en cada uno de los personajes que allí aparecen, sus características propias. Que éstas, en algunos casos, sean harto esquemáticas no es culpa de la autora, sino de la mediocre parcela de la realidad que ellos delimitaron como única. La novela, en definitiva, conjugando estos dos niveles, no hace más que desmontar el estúpido mecanismo con que algunos, en otro país, en otro clima, con todas las referencias alteradas, intentan perpetuar esquemas que ya en su propio país, por rígidos, sólo contribuyeron a volver aún más brutal la masacre, en un obnubilamiento de parte y parte. Mientras más bombas, asaltos, secuestros y asesinatos hubiese, mayores refinamientos, en la ampliación de la lucha antisubversiva, era factible experimentar. Pero este telón de fondo (y he aquí un gran mérito de la novela: su distanciamiento), sólo lo percibimos en sus efectos retardados y todavía mortales.

Pluralidad de lecturas

Resumiéndola, la anécdota sería la siguiente: en un país del norte de Europa; en una deteriorada estación de tren, abandonada hace veintidós años, contingentes de exiliados argentinos, gente de izquierda casi toda ella dividida aún todavía en por lo menos seis grupúsculos, se amontonan en condiciones precarias. Son los años 80.

Reviven, por una parte, sus fantasías de barrio, de raviolis los domingos, fotos de Gardel y cancha de Vélez Sarfield, y repiten, con indiferencia casi mecánica, «su historia de detención habitual, tortura habitual y huida habitual». Asisten, además, al inexorable proceso mediante el cual su propio carácter, sus relaciones sentimentales y sus formas de participación política, se ven cuestionadas al máximo en medio de este aislamiento promiscuo.

Así, desde la óptica de Lucho Cruz, un joven activista, infatigable en su apostolado militante, vemos a las otras figuras de la trama: Vásquez, un líder sindical, ya mayor, quien lleva veinte años viviendo con su mujer, Mariana, y manteniendo, hace seis, un affaire semiclandestino, semiaceptado, con Ada, tan joven que bien podría ser su hija. Mariana, a su vez, implacable en sus juicios, arrogante y despreciativa, conocedora muy bien del oportunismo de Vásquez, sostiene una relación materno-succionadora con Ali, joven guerrillero marido de Flora, la mujer que en su país puso una bomba y creó su propio comando y quien al suicidarse ahora en el exilio actuará como primer detonante en la larga secuencia de crisis que llevara a todos si no a replantearse sus trayectorias, sí, por lo menos, a cambiar de disfraz. «Somos cuatro sobrevivientes que lloramos a los muertos, pero nada nos parece más increíble que estar vivos», dice uno de ellos y es este reconocimiento el que los afecta de modo más profundo.

Todos los fracasos, que de algún modo comparten, se irán distorsionando en medio de la irrealidad que empiezan a manejar como lo único cierto. Allí, en medio del «espantable desorden de esa marea humana» que es la estación se volverán, cada día, más fantasmagóricos. Hablan de cosas que ya no existen y viven mentiras que ni siquiera a ellos mismos engañan. Un pasado sembrado de aristas, un pasado espectacular, se irá convirtiendo, poco a poco, en un presente tan trivial como todos. La sangrienta historia de su país, que en un momento dado los hizo sentir héroes, capaces de cambiar el mundo y desfacer entuertos, muestra ahora su anverso de frustración y engaño. El alto costo, en vida y traumas, patentizado ahora en ese ghetto al cual se ven confinados. De ellos también podría decirse, como lo dice Alida Valli refiriéndose a Harry Lime, interpretado por Orson Welles en *El tercer hombre* (1949): no crecieron interiormente. El mundo fue el que creció alrededor suyo, y terminó por aplastarlos.

Pero si bien el incesante ir y venir de Luis, actuando como correo amoroso entre los diversos triángulos, o sirviendo de puente de enlace entre los variados grupúsculos, ya indiferenciados —«para él la patria se transportaba con la gente y estaba ahí donde siguiera la discusión y se armaran líos entre grupos y personas»— muestra el contraste con el otro polo que tensiona la novela, ese *afuera* representado por las tiendas del Este, donde muchachos de su misma edad pero radicales y ultras, venden carteras de cuero y comienzan a apoderarse, hippies resurrectos, de los negocios, revitalizando un área descaecida con su trabajo artesanal, otra historia, mucho más negra e inquietante, es la que produce la explosión que terminará por desquiciarlos.

Es la historia del sargento Torres, un torturador obsesionado por el orden, el cual huyó en compañía de Flora y Ali y ahora, paria entre parias, vive semiescondido en compañía de un perro negro. Ana Cruz, tipógrafa stalinista, madre de Lucho, ofrece una perspectiva inesperada para visualizar mejor a Flora y Ali. Ella habla de su habilidad para situarse, aprovechando cualquier coyuntura. ¿Se trata de rencillas entre facciones en pugna? Puede ser. El mérito de la novela consiste en no decirlo, y proponer otra lectura.

Ali, uno de los jefes del grupo armado, escapó, regreso permaneciendo en la clandestinidad, y volvió a salir, esta vez en compañía de su mujer y de Torres, el sargento que la había torturado y que ahora facilitó la fuga. Allí, en la figura de

Torres, se concentra entonces toda la vileza de estos episodios, y se halla la turbia clave moral que los preside.

Si bien Torres se decide a huir degradado por una tortura que fue más allá de lo previsto, ahora su dantesco castigo consiste en deambular como una sombra, buscando que aquella a quien vejó y muy posiblemente se unió a él, usándose mutuamente en la compartida abyección, lo vuelva a mirar, dándole razón de ser.

Para Flora Torres es invisible, aun cuando pase cada día por su ventana. Para Torres saber que Flora continúa ahí es imprescindible para subsistir. Al suicidarse Flora Torres deja de existir. Su existencia ha perdido todo sentido. Era el odio bloqueado de Flora, su capacidad para convertirlo en una simple ausencia, lo que lo mantenía vivo. Con lo cual se podría pensar, como nos lo ha recordado, no hace mucho, Liliana Cavani, en *Portero de noche* (1972), no sólo que las víctimas crean a los verdugos, sino que los prolongan y mantienen, hasta más allá de cualquier límite comprensible. Sólo al morir la víctima, y desaparecer todo rastro suyo, los verdugos se volatilizan.

El fusilamiento de Torres, por parte de los exiliados, parece confirmar estos datos, haciendo saltar por los aires tantas tensiones represadas. Y las ondas que irradia este suceso llegarán a repercutir incluso en el exterior. Por tales hechos —el hacer justicia con su propia mano— la oposición ataca al partido gobernante que les dio asilo, y lo obliga a demoler la estación, dispersándolos por todo el territorio en una nueva diáspora dentro de la diáspora. Ahora sólo resta efectuar el balance.

País de ficción

Vásquez, quien según su mujer no es más que un cacique de barrio y un demagogo incurable, ha intentado hacer de la estación una réplica de su país para allí repetir, en forma cada vez más paródica, el embeleso de cuadros, comités, miembros y directivas. Al suprimirse la estación quedará sólo un mundo desarticulado y grotesco. Pero también se advertirá mejor la crueldad y el ensañamiento a nivel personal, que rigen tales existencias. El exilio las ha acrecentado, en confusa amalgama, revelando además los profundos atavismos que las determinan. Vidas llenas de coartadas, pretextos y ocultamiento, de progresivo reblandecimiento ético, ¿cómo llegaron a este punto, en su caída, si antes su coraje era suicida y se jugaban, hora a hora, el todo por el todo? A responder esta pregunta la novela encamina sus mayores esfuerzos.

Si el primer capítulo, «El día de la muerte de Flora», dibuja a grandes rasgos el panorama general que hemos glosado, en el segundo, «La pieza», la visión se focaliza, concentrándose en Ali y Mariana, «investigadores que examinan hechos que les son extraños». Estos hechos son ellos mismos. Diseccionan su pasado, tan fragmentado como incoherente; y este presente, en el cual todos tratan de salvarse, a costa del otro. Mariana chupando la juventud de Ali, Ali sorbiendo la madurez de Mariana. Dentro de esta historia otra va emergiendo poco a poco; una historia tan normal y por ello mismo tan estremecedora como la del sargento Torres.

Es la historia de Flora: su relación con una madre dominante, la comprensiva rebeldía que tal hecho suscita, el vértigo alucinante de su participación en la guerrilla; su visita a la casa, ya estando en la cárcel, y en compañía de Torres, para asistir a un